

BREVE HISTORIA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

Fernando López Trujillo



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de la Mitología Griega
Autor: Fernando López Trujillo

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-547-9
Fecha de edición: Octubre 2008

Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores S.L.
Depósito legal:

Índice

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1: MITOLOGÍA Y SOCIEDAD EN LA GRECIA ANTIGUA.....	19
CAPÍTULO 2: AL PRINCIPIO FUE EL CAOS	53
CAPÍTULO 3: EL OLIMPO, RESIDENCIA DE LOS DIOSES	85
CAPÍTULO 4: ZEUS Y HERA, LA PAREJA DIVINA	123
CAPÍTULO 5: EL MUNDO DE LOS MUERTOS	157

CAPÍTULO 6: EN EL REINO DE POSEIDÓN	193
CAPÍTULO 7: EL PROTOTIPO HEROICO	229
CAPÍTULO 8: AMORES PARA TODOS LOS GUSTOS.....	263
CAPÍTULO 9: ASOMBROSAS HISTORIAS	299
CONCLUSIONES	335
BIBLIOGRAFÍA	347

Introducción

La sociedad griega clásica de los siglos VII al IV a.C., es a la que asignamos –sin que ella pueda rebatirnos– el mote de “cuna de la civilización occidental”. Pero, ¿será preciso decir que aunque con caracteres que le darán su originalidad, esta cultura tiene orígenes más diversos, y en buena medida orientales?

Es necesario apuntar primero, que los griegos nunca se llamaron a sí mismos griegos. “Graeci” fue el apelativo que les pusieron los expansivos romanos, pero aquéllos se denominaron a sí mismos helenos, y “Hélade” a la dilatada región que les vio dar sus primeros pasos en la carrera de la civilización.

2

Al principio fue el Caos

Sí, el Caos del inicio, pero en seguida se nos ocurre que sería más propio decir “en el principio fue Gea”. Ella es madre de todo lo existente. Ya hemos hablado del carácter antropocéntrico de la mitología clásica, pero es necesario señalar antes que tal carácter no se extiende a las divinidades primigenias. Ni Gea, la del amplio seno, ni Eros, que infunde su dulce languidez a los dioses y a los hombres, que domina los corazones y triunfa a partir de los sabios consejos, como nos recuerda Hesíodo en *La Teogonía*, poseen forma humana en la imaginación griega.

Ambos son principios activos. Ella, la tierra, es el eterno e inmovible sostén de todas las

cosas, es la vida, la generación, ¿la naturaleza? Él, es el más hermoso de los inmortales, el movimiento, la voluntad. Hesíodo lo subordina a Gea, pero le da un papel superlativo: "...la fuerza atractiva que lleva en sí los elementos para agregarlos y combinarlos".

Y por supuesto, tampoco el Caos toma forma humana, puesto que no es más que espacio. ¿Vacío? No, es un espacio que contiene en potencia todo lo existente, todo lo porvenir. De este Caos han nacido Gea y Eros. También la Noche, que envolverá a la tierra con su oscuridad estrellada, mientras por debajo de ella se extiende el Érebo, la región subterránea, el lugar de lo muerto, que para el pensamiento griego parece ser otra estación de la vida. Ya hablaremos de los viajes de inmortales y mortales al reino de Hades y de sus distinguidos huéspedes.

En este punto comienzan las desavenencias entre los primeros mitólogos, sublimes compiladores de estas genealogías, y a la vez fundadores de la literatura en lengua griega. Hablamos del jónico Homero, de quien se cree que vivió, cantó y escribió en el siglo IX a.C., y del beocio Hesíodo, que parece haber sido contemporáneo del anterior. Ambos son de existencia borrosa.

Se cree que Homero nació en Esmirna, en el Asia Menor, a principios de siglo IX a.C.; la leyenda lo describe como un aeda (poeta) ciego

que recitaba en reuniones informales aquellos poemas que lo harían inmensamente famoso. Estos serían los cantos compilados en *La Ilíada*, que narra la guerra que enfrentara a troyanos y aqueos, el prolongado sitio de Troya y la derrota y destrucción final de esta ciudad; y *La Odisea*, que cuenta las peripecias del regreso del aqueo Odisseo (o Ulises) a su patria en Ítaca tras la guerra de Troya.

Herodoto dice que Hesíodo nació en Ascra, en la Beocia, hacia el año 860 a.C. Historiadores posteriores acercan esa fecha al siglo octavo, aunque coinciden en que su padre emigró de Cume en el Asia Menor (centro de irradiación de la cultura jónica) a la Grecia continental donde el joven Hesíodo se crió, absorbió las tradiciones de sus contemporáneos y las tradujo en dos obras de gran trascendencia. *La Teogonía* trata de la creación del mundo y nos será de ayuda imprescindible para trazar el panorama de este capítulo. Su otra obra destacada es *Los trabajos y los días*, un detallado manual con indicaciones respecto de la labranza de la tierra, las estaciones, el calendario, la administración doméstica, la elección de esposa y hasta el cuidado de los niños.

Hesíodo se adjudica la versión que designa al Caos como continente de todo lo que existe y creador de Gea, Eros, la Noche y Érebo. Por el contrario, Homero —que a pesar de estar na-

rando una guerra, hace alusiones permanentes a los hechos de los dioses y a su genealogía— atribuye a Océano y a su esposa Tetis, la creación del universo. A propósito, en *La Teogonía* hay una Tetis, esta es ciertamente esposa de Océano, aunque es hija de Urano y Gea. Es una de las más jóvenes titánidas, madre de los ríos y de unas no muy simpáticas criaturas, las oceánidas.

Una de ellas, Estigia, era aquel gigantesco promontorio rocoso frente al que estrellaba la ola de Poseidón a las naves de los hombres. Allí zozobraban y ella esperaba a los humanos en las profundidades. “...Oceánidas de finos tobillos, que diseminadas por toda la tierra, presiden los manantiales profundos”.

Para seguir con la genealogía indicada por Hesíodo, en general tenido por autoridad en este aspecto por los mitólogos posteriores, Gea dio origen a Urano que debía cubrirla completamente con su bóveda estrellada, y luego hace de su hijo su esposo y dan origen a una numerosa progenie, constituyendo la primera dinastía divina.

Los hijos de la pareja, todos gigantes, se agrupan del siguiente modo: en primer lugar están los Titanes, una docena de maravillas de ambos sexos. Ya hemos hablado de Tetis, ahora mencionamos a Tea, Temis, Mnemosine, Febe y Rea; y a sus hermanos Oheanos (Océano), Ceo,

Crío, Hiperión, Japeto y el benjamín, Cronos. A este primer grupo de doce personajes se agrega el de los Cíclopes, gigantes de un solo ojo en la frente, orgullosos y pendencieros. Su fuerza y su violencia los hacen temibles. Brontes personifica el trueno, Astéropes al relámpago y Arges al rayo.

Ya señalamos que todos son enormes, pero aún falta el trío de los Gigantes, a los que Hesíodo llama “Hecantonquiros”, porque poseen cien brazos que salen de una espalda descomunal. Para ser proporcionales, llevan sobre sus hombros cincuenta cabezas. Aún más violentos y poderosos que sus hermanos, Egión (o Briareo), Cotto y Gías pueden convertirse en una verdadera pesadilla para humanos y dioses.

Podría pensarse entonces que Gea debía sentirse feliz de su abultada prole. Mas ocurre que una limitación había establecido Urano a la fecunda inspiración de la Tierra. Ella procreaba incesantemente pero, para prevenir el ser destronado por sus hijos (un perdurable mito fundador de criterios de descendencia, etc.), Urano los precipitaba al Tártaro. Apenas nacidos, los hundía en la región más profunda de los infiernos.

Esta cuestión de “los infiernos”, amerita alguna digresión. Para los antiguos griegos no existía esa cosa llamada infierno, una figura típica de la tradición cristiana. Esta referencia a



Gea, a pesar de que para los griegos no tenía forma humana, esta estatuilla de cerámica fue moldeada en Tebas en el 450 a.C. y da cuenta de la importancia radical que la madre Tierra tenía para la mitología.

los infiernos se la debemos a los traductores. El Érebo, el Tártaro, el reino de Hades, es en fin el reino de los muertos. La cosmovisión helénica contiene una clara idea de niveles en una disposición vertical. El cielo, lugar de residencia habitual de la mayoría de los dioses; la tierra en que viven los hombres, territorio que no se sustrae a la influencia de las divinidades, y por debajo el inmenso mundo de los muertos. No es exactamente un lugar de castigo, pero la tradicional imagen tenebrosa que se tiene del mismo, lo constituye en un espacio de reclusión; es claro que nadie querría estar allí.

LA VENGANZA DE GEA Y CRONOS

Pues resulta que Gea, cansada de parir y perder a sus hijos, comenzó a tramar una venganza. Fabricó una hoz de blanco acero, y por la noche les participó a sus hijos del plan que había concebido: se trataba de castrar al padre con esta hoz cuando la aludida víctima se encontrase retozando.

Desde luego, sus hijos se espantaron con la idea y amonestaron duramente a su madre. Pero el menor, Cronos, que se había mantenido al margen de la alharaca de sus hermanos, se acercó después a Gea y le pidió más detalles de su proyecto. Consideradas con detenimiento las circunstancias, Cronos decidió secundar los proyectos de su madre.

Se escondió Cronos a esperar su ocasión. El gran Urano se tendió a descansar sobre la tierra gozosamente, que de esa forma se comunicaba con ella. De las sombras salió su hijo; un filo acerado brillaba en su costado: "...lo cogió con la mano izquierda y blandiendo con la diestra la enorme hoz, cortó con rapidez las partes verendadas a su padre".

Las gotas de sangre de esa horrible herida cayeron sobre la tierra. De ellas nacerán las Erinias (diosas de la venganza que castigarán a quienes transgredan las normas morales), otros Gigantes y las Ninfas.

4

Zeus y Hera, la pareja divina

Zeus es el modelo de los maridos veleidosos que engañan a sus mujeres. Las leyendas registran decenas de situaciones en las que la pareja peligra con motivo de las infidelidades de que hace objeto a Hera. Y en ella provocará verdaderos celos olímpicos. Pausanias cuenta que una vez la diosa abandonó ofendida el lecho conyugal para no volver nunca más y se dirigió a la isla de Eubea. Hasta allí la persiguió Zeus rogando por su regreso. Al borde de la desesperación, ideó un ardid para reconciliarse con ella.

En lugar de calmarla, decidió provocar aún más sus celos. Simuló casarse con un maniquí al

que disfrazó de hermosa ninfa. Enfurecida por la desfachatez de Zeus que se paseaba con su dama frente a ella, se lanzó contra su rival y la despojó del velo. A la vista del engaño estalló en risas. Le lanzó entonces Zeus: “Ven, y ahora reposemos y entreguémonos a las delicias del amor, jamás diosa ni mortal me inspiraron tantos deseos...”.

Por fin, el texto señalado por el geógrafo griego Pausanias en el siglo II (profesión aquélla que parecía no estar demasiado alejada de las cosmogonías) destaca la unidad formal que para la cultura grecorromana representaba la pareja divina. Pero, ciertamente, los amores más célebres de Zeus, lo son también por clandestinos. Como el romance que lo uniera a la hermana de Temis, Mnemosine.

La leyenda recuerda que yació con ella nueve noches, y que de esas noches nacieron las nueve Musas: Urania, Terpsícore, Calíope, Euterpe, Thalía, Clío, Melpómene, Erato y Polimnia, que serían desde entonces las inseparables compañeras de Apolo. Estas fueron las Musas que se acercaron una tarde a Hesíodo mientras cuidaba sus ovejas para susurrarle en sus oídos un mensaje tan oscuro como este:

Pastores del campo, triste oprobio, ¡vientres tan solo!
Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de

Zeus y Hera:
el vínculo entre
ambas divinidades
nunca dejó de ser
tormentoso.
El libertinaje de
Zeus, así como los
celos y la furia de su
esposa y hermana
Hera, solían sacudir
al Olimpo y al
mundo de los
hombres.



verdades, y sabemos, cuando queremos, proclamar la
verdad.

El enigma fue convertido por el poeta en
una máxima que conduciría su vida:

Celebrar el futuro y el pasado; alabar con himnos la
estirpe de los dioses; cantarles, siempre, a ellas mismas
al principio y al final. Puesto que ¡dichoso es aquel de
quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la
boca.

Atlante, uno de los Titanes, se casó con
Pléyone, la hija del Océano. De esta unión nacie-

ron siete hijas, las Pléyades, y cuatro de ellas cedieron al acoso de Zeus y le dieron hijos que poblaron el Olimpo y los sueños de los mortales. De estas cuatro quizá la más famosa es la bella Maya, la “púdica ninfa de hermosas trenzas” que vivía alejada de la multitud en una gruta del monte Cileno, en el Peloponeso.

Hasta allí llegó el dios del trueno buscando seducirla. El himno homérico dice que Zeus se unió a ella tras sumir al mundo en una noche profunda y extremadamente larga...

...a fin de que el sueño retuviera a la bracinívea Hera y no fueran vistos ni de los dioses inmortales ni de los mortales hombres. Mas cuando el designio de Zeus se cumplió y fue marcado en el cielo el décimo mes, ella concibió y acaecieron cosas maravillosas.

Estas cosas maravillosas a las que alude Hesíodo, reflejan el nacimiento de Hermes:

...un niño lleno de artificios, de ingenio insinuante, ladrón, robador de bueyes, conductor de sueños, luminar nocturno, guardián de puertas, que entre los dioses inmortales había de brillar muy pronto por sus gloriosos hechos.

Apenas nacido, serán las Horas sus nodrizas. Hijas de Zeus y Temis, de hecho primas o

hermanastras del niño, son las guardianas de las puertas del cielo. Eunomía, Dice y la floreciente Irene cambiarán sus pañales y le proveerán a Hermes el néctar y la ambrosía que alimenta a los inmortales. Cuando logre descender de su cuna será incontrolable, aun para las diligentes Horas.

Dice el himno homérico: “Nacido a la Aurora, de día tocó la cítara y de noche robó los bueyes de Apolo”.

Una vez que hubo salido de la gruta en que le acunaba Maya, Hermes –tal cual ya hemos narrado brevemente– recogió del suelo una tortuga. Pobre animal, lo vació para apropiarse de su caparazón, luego buscó cañas que cortó de distintas medidas y las armó sobre la coraza usurpada al pobre quelonio. También extendió por encima un cuero de buey, y sobre las cañas cruzó siete cuerdas hechas de tripa de cordero. Estaba contento con su nuevo invento y cantaba a los amores de su padre y Maya.

Hermes es el ladrón de todas las historias antiguas. Y es curioso que esta atribución no contenga en general un tono de reproche, sino más bien celebratorio. Todos los dioses poseen vicios junto a sus notables virtudes. Y no es un mérito menor que la mitología griega jamás haya silenciado aquellos vicios. Pero en el caso de Hermes nos encontramos con un atributo que si

se censura en el ámbito social, se festeja como ocurrente entre las hazañas del dios.

Había dejado la lira a un costado, un apetito tenaz comenzó a inquietarlo y descendió de la cuna. Salió de su antro y se puso en camino hacia los establos de los dioses. Los despojó de cincuenta terneras a las que –inexplicables poderes de los dioses– hizo caminar hacia atrás para despistar a los damnificados. Montado al revés sobre la última vaca de la tropa desde la que dirigía su vasta y ordenada hueste, Hermes se quitó sus sandalias y las arrojó a un barranco.

En el acto se calzó unas ramas de tamarindo entrelazadas con hojas de mirto, se bajó del animal y continuó arreando la tropa, de modo de no dejar huellas. Pero en eso se topó con un anciano. El viejo quedó atónito frente a tamaña manada, ordenada como un batallón al que conducía un niño que no sobrepasaba el medio metro. No tuvo tiempo de reaccionar y Hermes le soltó: “Si has visto, sigue como si no hubieses visto, y si has oído, sé sordo. El viejo obedeció”.

Llegó la noche y ocultó a los animales en una caverna cercana a Pilos. Separó dos terneras que asó para darse el festín que anhelaba. Frotó entonces dos ramas de olivo hasta que brotó de ellas un vapor cálido, luego la brasa y entonces la llama.